

sion. Entonces como ahora, el autor, teniendo siempre por objeto calmar más pronto que irritar, se preguntó si las borraría; pero después de reflexionarlo se decidió por dejarlas. Desde luego basta examinar la fecha en que fueron escritas para reconocer que, si había en aquella época alguna cosa en la mente del autor, era si acaso una prevision, jamás podía tener el carácter de una aplicacion.

Si se tiene en consideracion los hechos generales de nuestros tiempos, se verá que esta prevision ha podido resultar hasta en la forma precisa que el azar le ha dado. Admitiendo que esas dos líneas tengan su sentido, en ningún caso se podrá decir que han venido á sobreponerse á los acontecimientos, sino que los acontecimientos han venido á colocarse debajo de ellas. No hay escritor un poco reflexivo á quien no le haya sucedido esto. Algunas veces, á fuerza de estudiar lo presente, se encuentra alguna cosa que se parece á lo porvenir. El autor, pues, ha dejado estas dos líneas en su lugar, como determinó dejar en la coleccion titulada *Las hojas de otoño* los versos que llevan por título *Sueño de un transeunte á propósito de un rey*, poemita escrito en 1830 y que anuncia la revolucion de Julio.

El autor no tiene más que decir respecto á este libro. Si no se escapase por su poco valor á la honra de las asimilaciones y comparaciones, el que lo ha escrito no podría dejar de hacer notar que esta obra que tiene un rio por objeto, por una coincidencia rara se ha hecho ella misma espontánea y naturalmente á la imagen de un rio. Empieza como un arroyo, atraviesa un barranco cerca de un grupo de chozas por debajo de un pequeño puente de un arco; costea la posada en la aldea, el rebaño en el prado, la gallina en el zarzal, el campesino en la senda; después se aleja, toca en un campo de batalla, en una llanura ilustre, en una gran ciudad; avanza, se hunde en las brumas del horizonte, reproduce las catedrales, visita las capitales, salva las fronteras, y después de haber reflejado los árboles, los campos, las estrellas, las iglesias, las ruinas, las habitaciones, las barcas y las velas, los hombres y las ideas, los puentes que unen dos aldeas y los puentes que unen dos naciones, vuelve á encontrar, como el fin de su correría y el término de su expansion, el doble y profundo Océano del presente y del pasado: la política y la historia.

Paris, Enero de 1842.

CARTA PRIMERA.

De Paris á la Ferté-sous-Jouarre.

Salida de Paris.—La cuesta de S.-P.—Proezas de los demoleadores.—Nanteuil-le-Haudouin.—Villers-Cotterets.—Las 1.600 curiosidades de Dammartin.—Dios ofrece la diligencia á quien pierde su cabriolé.—La Ferté-sous-Jouarre.—Un droguero heredero del duque de Saint-Simon.—Aspecto de la campiña.—El viajero refiere sus gustos.—El jorobado y el gendarme.—Por qué un hombre es valiente.—Por qué el mismo hombre es cobarde.—La piel y el traje.—1814 y 1830.—Meaux.—Una escalera preciosa.—La catedral de Bossuet.—Meaux ha tenido un teatro antes que Paris.—Por qué los habitantes de Meaux han colgado al diablo.—De qué medios se valió una reina para hacer entrar á un rey en el Paraiso.

La Ferté-sous-Jouarre, Julio 1838.

Amigo mio: Anteayer por la mañana, serian sobre las once, abandoné Paris, segun te lo habia anunciado. Salí por el camino de Meaux y dejé á mi izquierda San Dionisio, Montmorency y la cuesta de S.-P., allá en el último confin de las colinas. Desde allí os dediqué á todos un tierno y afectuoso pensamiento y tuve mis miradas fijas en esa ciudad, que parecia un punto oscuro en el fondo de la llanura, hasta el instante en que una revuelta del camino me la ocultó bruscamente.

Tú que conoces mi aficion á los grandes viajes hechos en pequeñas jornadas, sin fatiga, sin bagaje, en cabriolé, no te extrañará que por único equipaje, yendo solo, llevase á mis viejos amigos de la infancia, Virgilio y Tácito.

Una vez fuera de Paris, me dirigí hacia Chalons, pues me era conocido el camino de Soissons por haberlo frecuentado hace algunos años; hoy este camino, gracias á los demoleadores, ofrece muy poco interés.

Nanteuil-le-Haudouin ya no conserva su castillo, construido en tiempo de Francisco I.

Villers-Cotterets ha convertido la magnífica morada del duque de Valois en asilo de mendicidad, y allí, como sucede casi por todas partes, esculturas y pinturas, todo el espíritu del Renacimiento, toda la gracia del siglo XVI, ha desaparecido vergonzosamente bajo el rasero y el revoque.

Dammartin ha demolido su enorme torre, desde lo alto de la cual se veia Montmartre distintamente á nueve leguas de distancia, y cuya gran grieta vertical habia hecho nacer este prover-

bio, que yo hasta entonces no habia comprendido: *Es como el castillo de Dammartin, que revienta de risa*. Hoy, viudo de su vieja Bastilla, en la que el obispo de Meaux tenia el derecho de refugiarse con siete personas de su servidumbre cuando se querellaba con el conde de Champagne, Dammartin no engendra ya proverbios, y solo dá lugar á notas literarias del género de ésta, que copié textualmente al pasar por allí, de no sé qué librito local expuesto en la mesa de la posada:

“Dammartin (Seine et Marne), ciudad pequeña situada en la falda de una colina. Se fabrican blondas. Hotel: *Santa Ana*. Curiosidades: la iglesia parroquial, el mercado y 1.600 habitantes.”

El poco tiempo concedido para comer por ese tirano de las diligencias llamado el mayoral, no me permitió entonces probar hasta qué punto era cierto que los 1.600 habitantes de Dammartin fuesen todos curiosidades.

Me dirigí hacia Meaux.

Con el tiempo más hermoso y por el mejor camino del mundo, ó lo que es lo mismo, entre Claye y Meaux, se rompió la rueda de mi cabriolé. Ya sabes que yo pertenezco al número de esos hombres que *siguen el camino que se han trazado*: el cabriolé renegó de mí; yo á mi vez renuncié al cabriolé. Justamente pasaba una diligencia; la diligencia Touchard. No llevaba más que un asiento libre, lo tomé, y diez minutos después del accidente continué mi viaje, es decir, “seguí mi camino,” como alma en pena, en el imperial, entre un jorobado y un gendarme.

Héme aquí en este momento en la Ferté-sous-Jouarre, alegre poblacion, que vuelvo á ver por cuarta vez con mucho gusto, con sus tres puentes, sus encantadoras islas, su viejo molino situado en medio del rio y unido á tierra por cinco arcos, y su bello pabellon del tiempo de Luis XIII, que ha pertenecido, segun se dice, al duque de Saint-Simon, y hoy ha perdido toda su importancia en manos de un especiero.

Si en efecto M. de Saint-Simon poseyó esa vieja casa, dudo que su morada natal de la Ferté-Vidame tuviese un aspecto más señorial y más altivo, ni tuviera mejores condiciones para encerrar su arrogante figura de duque y de par, que el magnífico y severo castillejo de la Ferté-sous-Jouarre.

El tiempo que está haciendo es el más á propósito para viajar. Las campiñas

están cuajadas de trabajadores. Se acaba de recoger la cosecha y se están formando aquí y allá grandes haces, que, hechas hasta la mitad, se parecen á esas pirámides despanzurradas que se encuentran en Siria. Los trigos ya segados están colocados en el flanco de las colinas, de manera que imitan el lomo de las cebras.

Pero, amigo mio, tú sabes que no son estos los acontecimientos que busco en el viaje, sino las ideas y las sensaciones, para lo cual basta con la novedad de los objetos. Además, yo me contento con poco. Con tal que tenga árboles, plantas, aire, camino delante y detrás de mí, todo me sobra. Si el terreno es llano, me gustan los horizontes sin término. Si es montuoso, me encantan los paisajes inesperados, de los cuales hay uno en cada elevacion. Ahora á cada paso veo un valle encantador. A derecha é izquierda la tierra ofrece deliciosos caprichos, como son grandes colinas cortadas por una multitud de ricos campos y pequeños huertos que alegran la vista; aquí y allá grupos de chozas bajas, cuyos techos parece que tocan el suelo, y en el fondo del valle una corriente de agua que culebrea por una larga línea de verdura y atraviesa el ojo de un viejo puentecito de piedra mohosa y carcomida, que une los dos extremos de la carretera.

Al llegar á este sitio, un carretero, un enorme carretero de Alemania, hinchado, fajado y engalanado, parecido al vientre de Gargantúa, arrastrado sobre cuatro ruedas por ocho caballos, pasaba el puente. Frente por frente de mí, siguiendo la ondulacion de la colina opuesta, se levantaba la rueda brillante del sol, alrededor de la cual la sombra de las hileras de los árboles contorneaba en negro la figura de un gran peine falto de muchos dientes.

Pues bien; esos árboles, ese peine de sombra del cual te reirás quizá, ese carretero, esa carretera, ese viejo puente, esos rastrojos, todo me distrae y me alegra. Un valle como éste, teniendo el cielo por techumbre, me satisface. De todos los que íbamos en el coche, únicamente yo gozaba viéndolo; los demás viajeros bostezaban horriblemente.

Cuando se muda el tiro, todo me divierte. El carruaje se detiene á la puerta de la posada. Los caballos llegan produciendo ruido de hierro viejo. Hay una gallina blanca en la carretera, una gallina negra en la maleza, un rastrojo ó una rueda vieja rota en un rin-

con, algunos niños pintarrajeados juegan en un monton de arena, y encima de mi cabeza oscilan, suspendidos de un barrote viejo, sirviendo de muestra, Carlos V, José II ó Napoleon, grandes emperadores que hoy solo sirven para acreditar una posada. En la casa solo se oyen voces que mandan sin ton ni son; en el umbral de la puerta, los mozos y las cocineras hacen idilios; la basura acaricia el agua de la vajilla, y me aprovecho de mi alta posicion—en el imperial—para escuchar la conversacion del jorobado y del gendarme, ó para admirar los preciosos y pequeños grupos de enanas amapolas que forman sus oasis en un viejo techo.

Por otra parte, mi gendarme y mi jorobado eran filósofos "que no tenían nada de ensoberbecidos," y hablaban humanamente el uno con el otro, el gendarme sin desdeñar al jorobado y el jorobado sin despreciar al gendarme.

El jorobado paga seiscientos francos de contribucion en Jouarre, la antigua *Jovis ara*, segun tiene la bondad de explicarle al gendarme. Además su padre paga novecientas libras en Paris, y se indigna contra el gobierno cada vez que desembolsa el sueldo por el pontazgo de la Marne entre Meaux y la Ferté.

El gendarme no paga contribucion, pero cuenta sencillamente su historia. En 1814, en Montmirail, se batió como un leon; era conscripto. En 1830, en las jornadas de Julio, tuvo miedo y buscó la manera de salvarse; era gendarme. Esto le admira y á mí no. Conscripto tenía veinte años, y era un valiente. Gendarme, tenía mujer é hijos, y él añadía su caballo, y era un cobarde. Era, sí, el mismo hombre, pero no era la misma vida. La vida es un plato que no gusta más que por la salsa. Nadie es más arrojado que un presidiario. En este mundo el traje se tiene más en cuenta que la piel. El que está desnudo no tiene nada que perder.

Convengamos también en que las dos épocas eran muy diferentes. Lo que está en la atmósfera mueve lo mismo al soldado que á cualquier hombre. La idea que sopla le enfria ó le calienta. En 1830 se sentía el soplo de la revolucion. A su paso todos se encorvaban por esa fuerza de las ideas que es como el alma de la fuerza de las cosas. Y además, ¿hay algo más triste y enervante que batirse por ordenanzas extrañas, por sombras que pasan por el cerebro de una cabeza turbada, por un delirio, por una locura, her-

manos contra hermanos, soldados contra obreros y franceses contra parisienses?

En 1814, al contrario, el conscripto luchaba contra el extranjero, contra el enemigo, por cosas claras y sencillas, por él mismo, por todos, por su padre, su madre y sus hermanas, por el arado que acababa de dejar, por el techo de rastrojo que humeaba allá bajo, por la tierra que habia bajo los clavos de sus zapatos, por la patria ensangrentada y palpitante. En 1830 el soldado no sabia por qué se batía. En 1814 no solo lo sabia, lo comprendía; no solo lo comprendía, lo sentía; no solo lo sentía, lo veía.

Tres cosas me han llamado la atención en Meaux: una preciosa fachadita del Renacimiento unida á una vieja iglesia desmantelada, situada á la derecha, conforme se entra en la ciudad; luego la catedral, y despues, detrás de la catedral, un buen caseron viejo de piedra tallada, medio fortificado y flanqueado de grandes torrecillas que amenazaban ruina. Tenía un patio en el cual entré valerosamente, á pesar de que me advirtió una vieja que estaba haciendo calceta el mal estado en que se hallaba el edificio. Sin embargo, la buena mujer me dejó hacer lo que me pareció. Yo quería estudiar una escalera exterior muy buena, enlosada de piedra y armada de madera, que comunicaba con la casa vieja, y que estaba apoyada en dos arcos rebajados y cubierta por un techo colgante formando una bóveda de arcadas apaineladas. Me faltó tiempo para dibujarla. Lo siento; es la primer escalera que he visto de este género. Me pareció que era del siglo décimoquinto.

La catedral es una iglesia notable empezada en el siglo catorce y continuada en el quince. Ahora acaban de restaurarla de un modo inficuo. Empero no está concluida. De las dos torres proyectadas por el arquitecto, solo hay una construida. La otra, que ha sido modelada, oculta la parte edificada bajo una cubierta de pizarra de tejado. La puerta del medio y la de la derecha son del siglo catorce; la de la izquierda es del quince. Las tres son muy bellas, pero de una piedra que la escarcha y la lluvia van desgastando.

Puesto allí, he querido descifrar los bajo-relieves. El tímpano de la puerta de la izquierda representa la historia de San Juan Bautista, que el sol, que caía á plomo sobre la fachada, no me ha permitido ver. El interior de la iglesia es una composicion soberbia. Hay

encima del coro grandes ojivas trilobuladas y caladas del más bello efecto. En el ábside no queda más que un vidrio magnífico, que hace pensar con sentimiento en los demás. A la entrada del coro hay dos altares de maravillosa carpintería del siglo quince; pero quita la ilusión verlos embadurnados de pintura al óleo, color de madera. Este es el gusto de los naturales del país. A la izquierda del coro, cerca de una preciosa puerta con imposta y rebajado el arco medio punto, he visto una bella estatua de mármol arrodillada representando un guerrero del siglo diez y seis, sin armadura ni inscripcion alguna, tanto, que no he logrado adivinar el nombre de esta estatua: tú que lo sabes todo lo habrias acertado en seguida. Al otro lado hay otra estatua; ésta tiene su inscripcion, y en verdad que bien la necesita, pues tú mismo no adivinarias que este pesado y duro mármol tratase de modelar la severa figura de Benigno Bossuet. Respecto á Bossuet, abrigo el temor de que la destruccion de los vidrios sea de su época. He visto su trono episcopal, de un enmaderamiento de ensambladura bastante bueno al estilo del tiempo de Luis XIV y con el dosel figurado; pero me ha faltado tiempo para visitar su famoso gabinete en el palacio episcopal. Segun dice un manuscrito de la biblioteca local, y verdaderamente es un hecho extraño, Meaux tuvo su teatro antes que Paris, una verdadera sala para dar espectáculos, construida en 1547, la cual tenía de circo antiguo la parte que estaba cubierta de un velarium, y de teatro actual *lo del rededor, que se componia de habitaciones cerradas con llave, que estaban alquiladas á los habitantes de Meaux*. Allí se representaban misterios.

Un hombre llamado Pascalus acostumbraba desempeñar el papel de Diabolo, cuyo mote conservó. En 1552 este prógimo entregó la ciudad á los hugonotes, y al año siguiente los católicos le colgaron, teniendo en cuenta en algo que habia entregado la ciudad, pero teniendo también presente en mucho que le llamaban el *Diablo*.

Hoy Paris tiene veinte teatros y la ciudad champañesa solo tiene uno. Hay quien supone que está envanecida por haberlo tenido antes, como si Meaux se pudiese en vanecer de no ser Paris. Por lo demás, este país recuerda por todas partes el siglo de Luis XIV. Aquí, el duque de San Simon; en Meaux, Bossuet; en la Ferté Milon, Racine; en Chateau-Tierry,

La Fontaine. Todo esto en un radio de doce leguas. El gran señor vecino del gran obispo. La Tragedia codeándose con la Fábula.

Al salir de la catedral el sol estaba velado y he podido examinar la fachada. El gran tímpano de la portada central es de los más curiosos. El compartimiento inferior representa á Juana, mujer de Felipe el Hermoso: se ha de tener presente que esta iglesia fué construida despues de su muerte con las sumas que dejó. La reina de Francia, con su catedral en la mano, se presenta á las puertas del Paraiso. San Pedro se las abre de par en par. Detrás de la reina aparece el hermoso rey Felipe con cierto aire de pobre vergonzante. La reina, espiritualmente esculpida y ataviada, haciendo un movimiento de hombros y dirigiéndose á San Pedro, al mismo tiempo que con el raballo del ojo mira al pobre diablo del rey, parece que le dice al Santo: *Bah! dejadle entrar, aunque falteis á la consigna*.

CARTA II.

Montmirail.—Montmort.—Epernay.

Montmirail.—*Nos patriam fugimus, nos dulcia linquimus arva*.—Campo de batalla de Montmirail.—Sol puesto.—Napoleon desaparecido.—El viajero habla de los olmos.—El castillo de Montmort.—Cómo deslumbra el viajero á la señorita Juanita.—Camino de noche en los bosques.—Epernay.—Las tres iglesias: Tibaldo I, Pedro Strozzi, Poterlet-Galichet.—Se le aparece Odry al autor en la iglesia de Epernay.—De cómo el viajero prefiere mirar las amapolas y las mariposas que millon y medio de botellas de vino de Champagne.—Pilogene y Phyothrix.—En Montmirail el viajero repara en un huevo fresco.—De qué se reirian en el siglo diez y seis.

Epernay 21 de Julio.

En la Ferté-sous-Jouarre alquilé el primer carruaje que llegó, y sin informarme más que de una cosa, de si el eje y las ruedas eran buenas, me dirigí hácia Montmirail. En este pueblo solo encontré una cosa de particular, y fué un paisaje muy fresco á la entrada de dos bellas alamedas de árboles. Todo, exceptuando el castillo, es una confusion de casuchas.

El lunes á las cinco de la tarde salí de Montmirail y me dirigí por el camino de Sezanne á Epernay. Una hora despues estaba en Vaux-Champs y atravesaba el famoso campo de batalla. Un momento antes de llegar á él encontré en el camino una carreta extravagantemente cargada. El tiro se componia de un asno

y un caballo. En el carruaje habia cazuelas, calderos, cofres viejos, sillas de paja, formando un monton de muebles hacinados, sin orden ni concierto: delante, en una especie de canasta, iban tres niños casi desnudos; y detrás, en otra canasta, iban encerradas algunas gallinas. El conductor era un hombre vestido de blusa, que iba á pié y llevaba un niño á la espalda. Algunos pasos detrás de él caminaba tambien una mujer, llevando otro niño, pero en el vientre. Todo este tren se dirigia hácia Montmirail, como si la gran batalla de 1814 fuese á comenzar de nuevo.—Sí, me decia yo, aquí debian encontrarse carretones como este hace veinticinco años.—Me informé de lo que podia ser todo aquello, y supe que no era un cambio de domicilio, sino una expatriacion. Aquella gente no iba á Montmirail, se dirigia á América. No huian de una batalla, huian de la miseria. En dos palabras, querido amigo, era una familia de pobres aldeanos de Alsacia, emigrantes, á la que se le prometia tierras en el Ohio, y abandonaban su país sin sospechar que Virgilio les habia dedicado hacia dos mil años los versos más bellos que se han escrito en el mundo.

Sin embargo, lo más admirable que ofrecia este grupo era que caminaba indiferente á todo. El hombre rehacia la cuerda de su látigo, la mujer canturreaba y los niños jugaban. Solo los muebles tenian un aspecto tan desgraciado y desorientado, que daba pena. Las gallinas tambien me parecieron que tenian el sentimiento de su desgracia.

Esta indiferencia me admiró. Yo creia verdaderamente que el sentimiento de la patria estaba grabado en lo más recóndito del corazón de los hombres. ¿A estas gentes les será igual no volver á ver los mismos árboles?

Por algun tiempo mis ojos siguieron sus pasos. ¿Dónde iba ese pequeño grupo dando traspiés y sacudidas? ¿Adonde me dirijo yo? El camino torció y desaparecieron de mi vista. A pesar de la revuelta que me los ocultaba, aun oí un breve rató el chasquido del látigo del hombre y la cancion de la mujer; luego todo se desvaneció.

Algunos minutos despues me encontraba en las gloriosas llanuras que recorrió el emperador. El sol se ocultaba. Los árboles esparcian grandes sombras. Los surcos trazados aquí y allá tenian un color dorado. Una bruma azulada subia del fondo de los barrancos. La campiña

estaba desierta. A lo lejos se veian dos ó tres arados olvidados, que parecian grandes langostas. A mi izquierda habia una cantera de piedras molares. Gruesas muelas muy redondas y bien hechas, unas blancas y nuevas, otras viejas y negras, yacian mezcladas en el suelo, de pié, tumbadas y formando pilares, como las piezas de un enorme tablero de damas revuelto. En efecto, gigantes habian jugado allí una gran partida.

Como me propuse ver el castillo de Montmort, que está á cuatro leguas de Montmirail, al llegar á Formentieres, ó Armentieres, volví bruscamente á la izquierda y tomé el camino de Epernay. En él hay diez y seis olmos grandes, los más bellos del mundo, que inclinan hácia el camino sus movibles perfiles y sus cabelleras despeluznadas. Los olmos son una de las cosas que más me distraen en todo viaje. Cada olmo merece la pena de que se le mire con absoluta independencia de los demás. Todos los otros árboles son estúpidos y se parecen unos á otros; los olmos únicamente tienen fantasia y se burla cada uno del que tiene al lado, los que arrastran sus ramas por tierra de los que se cimbrean, los copudos de los descarnados, y hasta por la tarde se burlan de la gente que pasa haciéndoles toda clase de muecas. Los olmos jóvenes tienen un follaje que brilla y chispea por todas partes, como una pieza de fuegos artificiales cuando arde. Desde la Ferté hasta el sitio donde se encuentran esos diez y seis olmos, las orillas del camino solo ofrecen álamos, chopos ó nogales, y éstos esparcidos, lo que me ha hecho muy poca gracia.

El país es como la palma de la mano; la llanura se pierde de vista. De repente, saliendo como de un ramillete de árboles, se distingue á la derecha, medio escondida en un pliegue del terreno, una maravillosa y confusa masa de torrecillas, veletas, paredes, boardillas y chimeneas. Es el castillo de Montmort.

Al llegar á la puerta del castillo detuve mi cabriolé y desmonté.

Dicho castillo es una notable fortaleza del siglo diez y seis, construida de ladrillo, con techos de pizarra y veletas adornadas, que tiene su doble muralla, su doble foso, su puente de tres arcos que empalma con el puente levadizo, su pueblecillo á sus piés, y que posee alrededor de todo esto un admirable paisaje que abraza siete leguas de extension. A primera vista, como la parte exterior está revocada, el edificio parece que está bien conserva-

do. La torre de entrada reune, rolladas juntamente, una escalera de caracol para los hombres y una rampa para los caballos. En los bajos hay todavía una vieja puerta de hierro, y subiendo, en los alféizares de la torre, he contado hasta cuatro proyectiles del siglo quince. Actualmente la guarnicion de la fortaleza se compone de una vieja criada, la señorita Juanita, que me recibió de la manera más fina y cortés del mundo. De las antiguas habitaciones del interior solo queda la cocina, magnífica sala abovedada, con grande chimenea; el viejo salon, en el cual se ha colocado un billar, y un precioso gabinete con ensambladuras doradas y cuyo cielo raso tiene por roseton una cifra ingeniosamente complicada. El viejo salon es una magnífica cámara: el techo, de vigas pintadas, doradas y esculpidas, está aun intacto. La chimenea, adornada con dos soberbias estatuas, es del más bello estilo del tiempo de Enrique III. Las paredes en otro tiempo estaban cubiertas de grandes paños de tapicería, que representaban retratos de familia. Las gentes de cabeza exaltada del pueblo inmediato arrancaron y quemaron estos paños en la época de la revolucion, dando con ello un golpe de muerte al feudalismo. El propietario actual ha reemplazado estos tapices con viejos grabados, que figuran vistas de Roma y batallas del gran Condé, pegados con cola en la pared.

Despues de ver todo esto le dí treinta sueldos á la señorita Juanita, que, si no me equivoco, quedó deslumbrada de mi magnificencia.

Luego dirigí una mirada á los patos y gallinas que vagaban por los fosos del castillo y me fui.

Al salir de Montmort—adonde, sea dicho de paso, se llega por el peor camino del mundo—encontré al correo que debe haberte llevado mi primera carta, y al cual encargué, amigo mio, te llevase mis afectos y mis recuerdos.

Al asomar la noche por el horizonte, la carretera se hundió en las profundidades de un bosque, de tal modo, que hasta llegar á Epernay no ví otra cosa que chozas de carboneros, de las cuales salian columnas de humo á través de las ramas. A cada instante se me aparecia la boca roja de una fragua, el viento agitaba á un lado y á otro del camino la viva silueta de los árboles, y por encima de mi cabeza, en el cielo, la espléndida Chariot hacia su viaje por enmedio de las estrellas, en tanto que mi pobre ca-

abriolé hacia el suyo por entre los guijarros y pedernales del camino.

Epernay es la ciudad del vino de Champagne. Ni más ni menos.

Tres iglesias han existido en Epernay. La primera fué una iglesia romana, construida en 1037 á espensas de Tibaldo I, conde de Champagne, hijo de Eudes II. La segunda, una iglesia del Renacimiento, construida en 1540 bajo los auspicios de Pedro Strozzi, mariscal de Francia, señor de Epernay, muerto en el sitio de Thionville en 1558. La tercera, la iglesia actual, me hace el efecto de que debe haber sido edificada teniendo presentes los dibujos de M. Poterlet-Galichet, honrado mercader cuya tienda y nombre son vecinos de la iglesia.

Las tres iglesias me parecen admirablemente descritas y resumidas en estos tres nombres: Tibaldo I, conde de Champagne; Pedro Strozzi, mariscal de Francia, y Poterlet-Galichet, especiero.

De la iglesia actual, que es la última de las tres, solo te diré que es de yeso y de una construccion feísima, estúpida, blanca y pesada, con triglifos que sostienen los declives de las archivoltas. De la primera iglesia no queda nada. De la segunda se conservan algunos bonitos rosetones y un frontispicio excelente. En una de las vidrieras está relatada de la manera más ingénuo y sencilla la historia de Noé. Los rosetones y el frontispicio excuso decir que están enclavados y embutidos en el execrable yeso de la iglesia nueva. Esta profanacion me ha recordado á Odry con su pantalon blanco muy corto, sus medias azules y su gran cuello de camisa, llevando el casco y la coraza de Francisco I.

Aquí han querido llevarme á ver la curiosidad del país, que es una gran bodega que encierra millon y medio de botellas; pero como quiera que en el camino me sorprendió un campo de nabos silvestres en flor, lleno de amapolas y mariposas y embellecido por un delicioso rayo de sol, me quedé en él. Esto quiere decir que la gran bodega se pasará sin mi visita.

La pomada para hacer crecer el pelo, que se llama en la Ferté *Filogene*, en Epernay se le dá el nombre de *Phyothrix*, importacion griega.

A propósito: en Montmirail, en el hotel de la Poste, me han hecho pagar cuarenta sueldos por cuatro huevos frescos, lo que me ha parecido un poco caro.

Se me olvidaba decir que Tibaldo I fué enterrado en su iglesia y Strozzi en